



PRESIDENCIA
DEL GOBIERNO

SECRETARÍA DE ESTADO DE COMUNICACIÓN

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DE GOBIERNO, PEDRO SÁNCHEZ, EN EL KEY NOTE ADDRESS DE LA 54ª REUNIÓN ANUAL DEL FORO ECONÓMICO MUNDIAL

Davos, 17 de enero de 2024

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, PEDRO SÁNCHEZ

Queridos amigos:

Imaginen por un momento que estamos en el año 2030, en la 60ª edición de este foro. Imaginen que el mundo no ha logrado alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible ni las metas del Acuerdo de París.

Imaginemos que la temperatura del planeta ha aumentado más de 1,5 grados, provocando la degradación de nuestros ecosistemas, y que nuestro PIB ha caído 15 puntos.

Imagínense que las *fake news* y la polarización política han reducido el número de democracias. Que el avance de la digitalización y la Inteligencia Artificial no se ha gobernado adecuadamente y ha aumentado la desigualdad, y ha expulsado a millones de personas del mercado laboral.

Imaginen este escenario y díganme: ¿sería bueno para sus negocios?

Y lo que es más importante: ¿sería bueno para sus hijos, para sus amigos, para sus conciudadanos?

El futuro que le describo no es una distopía. Es un futuro posible. Una proyección probable del mundo que acabaremos teniendo si nos dejamos llevar por la inercia o la resignación.

Es mucho lo que está en juego: 76 países -más de la mitad de la población mundial- celebrarán elecciones este año. Y habrá que tomar decisiones políticas cruciales sobre algunos de los principales dilemas sociales a los que nos enfrentamos.

Aquí me gustaría referirme a tres de ellos, que considero especialmente oportunos.

El primero se refiere a la propia supervivencia del orden internacional basado en reglas que tanta prosperidad nos han aportado desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

España es una democracia plena. Es un país abierto, moderno y tolerante que defiende el proyecto europeo, pero también el sueño globalista que inspiró la creación de las Naciones Unidas y de las instituciones de Bretton Woods.

Por eso apostamos por la apertura económica, por la solidaridad internacional y por el sistema multilateral.



Un sistema que hoy se ve amenazado por quienes promueven la fragmentación, la intimidación o el uso de la fuerza para imponer sus intereses y su voluntad.

Está ocurriendo en Ucrania, un país que lucha por su libertad contra el autoritarismo de Putin, y donde millones de personas se han visto desplazadas de sus hogares.

Y permítanme ser claro: apoyamos a Ucrania y acogemos con satisfacción el reciente anuncio de una futura Cumbre de Paz que defienda los principios y valores consagrados en la Carta de las Naciones Unidas.

También está ocurriendo en Siria, donde una guerra ya olvidada se ha cobrado la vida de más de 300.000 almas. 4.000 sólo el año pasado.

Y está ocurriendo en Gaza, donde 24.000 personas han muerto en sólo cien días y cientos de miles se encuentran al borde de una catástrofe humanitaria. Ancianos, mujeres y niños inocentes que han perdido sus casas, sus trabajos, sus familias. Y ahora están a punto de perder la esperanza.

Reconocemos el legítimo derecho de Israel a defenderse de un ataque terrorista vil y monstruoso. Pero también exigimos el respeto del Derecho Internacional Humanitario. Por eso, hoy aquí, quiero reiterar -una vez más- la necesidad de un alto el fuego inmediato y de convocar una conferencia internacional para poner en marcha una solución definitiva a este largo conflicto. Una solución que reconozca la existencia de dos Estados, Israel y Palestina, que vivan en paz y seguridad.

Quiero hacerlo porque hay que poner fin a este drama humano. Porque el curso actual de los acontecimientos no ayudará ni al pueblo palestino ni al israelí. Pero también, porque lo que está en juego es la seguridad de las cadenas mundiales de suministro. Es el comercio. La prosperidad. La estabilidad de todo Oriente Medio. Y la continuidad del orden multilateral.

La futura estabilidad del mundo se está decidiendo en Ucrania y Gaza mientras hablamos.

No podemos equivocarnos. Como nos equivocamos en otros lugares. Debemos ser coherentes y defender los mismos principios y valores donde y cuando se produzca una infracción. Tenemos que impulsar el diálogo, el Estado de Derecho y la paz.

El segundo reto global que creo que debemos abordar es la gobernanza de la Inteligencia Artificial.

Miren, soy un firme defensor del progreso científico. Estoy seguro de que la IA y otras tecnologías punteras son la mejor opción que tenemos para superar retos como el envejecimiento, la crisis medioambiental, la propagación de enfermedades o la baja productividad. Y creo que, si las utilizamos bien, nos permitirán alcanzar un nivel de bienestar inimaginables.

Pero también creo que estas oportunidades no deben hacernos ignorar las amenazas. Las encuestas revelan que una mayoría de ciudadanos piensa que la IA acabará con sus empleos, ampliará la brecha entre ricos y pobres y empeorará su nivel de vida.

Y debemos escuchar estos temores. Debemos prestar más atención a las preocupaciones de nuestros trabajadores, nuestros jóvenes y nuestros mayores, y menos atención a las promesas vacías de algunos gurús de Silicon Valley, que están más interesados en ganar adeptos o escalar en la lista de millonarios de Forbes que en el verdadero progreso de la humanidad.

Nuestro deber es comprender que no se ignoren las preocupaciones de la gente. Que es un peligro verdadero, y que debemos darles una respuesta eficaz y coordinada.

Hoy, más que nunca, el mundo necesita una gobernanza global de la digitalización. Una gobernanza que defienda los derechos fundamentales de los ciudadanos por encima de los intereses de estados y corporaciones.

Una gobernanza que haga frente a los ciberataques, los *deep fakes* y las mentiras tóxicas que circulan por Internet y amenazan nuestras democracias y la propia seguridad de nuestros hijos.

Una gobernanza que garantice que los sistemas de IA no incorporen sesgos discriminatorios ni reproduzcan viejas injusticias, al tiempo que facilite la innovación y las inversiones para el desarrollo de esta tecnología....

Ese es el objetivo del reglamento europeo sobre IA recientemente aprobado bajo la presidencia española del Consejo.

Y, por favor, no me tomen por un ludita. Soy un firme defensor del progreso tecnológico. Soy el presidente de un país que está decidido a tener un papel protagonista en la revolución industrial actual.

Un país que ha lanzado un plan estratégico con más de 12.500 millones de euros para fomentar la fabricación de semiconductores.



Un país que lidera el ranking europeo en la digitalización del sector público. Y que acaba de poner en marcha uno de los diez superordenadores más potentes del mundo.

Creo firmemente que la digitalización será buena y necesaria. Que nos hará la vida mejor a todos.

Pero también creo que la historia enseña que este resultado no vendrá por sí solo. Tendremos que luchar por ello. Y vamos a hacerlo. Por el bien de nuestros hijos y de nuestro planeta.

Los que aprendimos a no creer en la mano invisible del mercado, no podemos profesar ahora una fe ciega en la mano invisible de la Inteligencia Artificial.

La invisibilidad suele buscarse para hacer el mal, no el bien.

Sólo confío en las manos de carne y hueso. Las que levantan la persiana de un negocio cada mañana. Las que sostienen un libro en la escuela, hacen la cena por la noche para su familia o depositan un voto en la urna. Me importan esas manos, reales y visibles.

Por eso creo que el tercer gran reto que tenemos por delante es garantizar la prosperidad de nuestros ciudadanos.

La extrema derecha está en auge. Los regímenes autocráticos proliferan en Occidente y en otras regiones del mundo. Pero lo cierto es que esta terrible tendencia no es más que un síntoma de problemas más profundos.

Uno de ellos es la erosión de las clases medias y trabajadoras. Las mismas clases medias y trabajadoras que no siempre se han beneficiado de las transformaciones económicas de las últimas décadas. Las que sufrieron durante las crisis financieras de 2008 y 2012. Y que ahora se angustian ante un futuro marcado por la incertidumbre mientras siguen perdiendo poder adquisitivo.

La vida se está poniendo cara. Ya lo era antes de que la guerra de Putin y la pandemia se combinaran para desatar una crisis inflacionista. Ahorrar algo de dinero, comprar una casa o simplemente irse de vacaciones es cada vez más difícil para una parte cada vez mayor de la población mundial.

Y eso es un problema. Una traición a quienes construyeron este sistema con su arduo trabajo y sacrificio y a quienes les debemos todo: la democracia, la justicia social, la libertad.

Debemos detener esta erosión. Y debemos hacerlo sin dar la espalda a nuestros valores, a la crisis medioambiental o a las necesidades de los países más pobres.

En resumen, debemos ser audaces y definir un nuevo paradigma de prosperidad. Una nueva ortodoxia económica y social que aproveche los conocimientos y las nuevas herramientas de que disponemos para conjugar el crecimiento económico con la sostenibilidad medioambiental y la prosperidad para todos.

Soy plenamente consciente de que éste es el objetivo que persiguen muchos gobiernos del mundo, de diferentes ideologías. Y debo decirles que ése es -en definitiva- el principal proyecto que está emprendiendo mi país, España.

En los últimos años hemos demostrado que es posible crear riqueza y mejorar al mismo tiempo las condiciones de los trabajadores. Hemos aumentado el salario mínimo un 54%. Hemos ampliado los derechos laborales. Hemos reducido la temporalidad, la desigualdad y la pobreza.

Y hemos creado más de dos millones de nuevos puestos de trabajo, muchos de ellos en sectores de alto valor añadido, como la industria tecnológica.

Al mismo tiempo, hemos crecido por encima de la media de la zona euro y de la OCDE. Hemos sido uno de los más rápidos de Europa en reducir la inflación. Hemos atraído más IED que nunca y nuestras empresas han obtenido beneficios récord.

En resumen, hemos demostrado que la competitividad económica y la prosperidad de los ciudadanos no son incompatibles.

Además, también hemos demostrado que es posible reforzar el Estado del bienestar al tiempo que se apuntala su sostenibilidad.

Que avanzar en la igualdad de género no es sólo una cuestión de justicia, sino que tiene un impacto positivo en el crecimiento económico. Que invertir en ciencia, innovación y capital humano redundará en un aumento de la productividad a largo plazo.

Hemos bajado los impuestos a las clases medias y trabajadoras y los hemos subido a los ricos.

Hemos reducido el déficit público a la mitad.



Hemos ampliado las ayudas que el Estado presta tanto a los ciudadanos como a las empresas.

Hemos puesto en marcha políticas sin precedentes: miles de millones de euros para apoyar a trabajadores y hogares, transporte público gratuito y un ingreso mínimo vital pionero que ya beneficia a más de dos millones de personas vulnerables.

Hemos impulsado políticas que nos dijeron que eran imposibles o temerarias. Y, sin embargo, han demostrado ser posibles y beneficiosas.

Hoy, los españoles saben que las políticas neoliberales no funcionan. Que la opción de reducir el tamaño del sector público y dejar solos a los ciudadanos y a las pequeñas empresas cuando surgen los problemas no tiene sentido. Y que, cuando colaboramos y estamos juntos, somos más fuertes.

Mi país ha demostrado que es posible crecer luchando contra el cambio climático. En cinco años, hemos reducido nuestro consumo de recursos naturales en un 7%, hemos reducido nuestras emisiones en 10 puntos y hemos aumentado nuestra producción de energías renovables en un 34%.

En 2023, España generará la mitad de su electricidad a partir del sol, el viento y el agua. Hemos sido la primera gran economía de la UE en conseguirlo.

Y estos avances medioambientales no nos han hecho más pobres. Tampoco nos han hecho menos competitivos. Todo lo contrario. Nos han permitido desarrollar nuevas industrias, crear miles de nuevos puestos de trabajo y generar energía a precios muy competitivos. Hoy, los hogares y las empresas españolas pagan un 58% menos por su factura eléctrica que en 2022.

Pero para seguir teniendo éxito, este nuevo modelo de prosperidad necesitará aumentar la participación del sector privado.

Las empresas son esenciales para el crecimiento y el bienestar de un país. Crean empleo, innovación y oportunidades que nos hacen mejores.

Pero esa creación no se produce en el vacío. Ustedes -sus empresas- son un producto de la democracia. Un producto de un orden internacional basado en reglas, y de estados de bienestar que sostienen a las clases medias y trabajadoras, que garantizan la paz y aseguran niveles adecuados de capital humano y prosperidad.

Sin estos pilares, sus modelos de negocio se derrumbarían como un castillo de naipes.

17/01/2024

Por eso, les pido que se impliquen. Ayúdenos a elevar el poder adquisitivo de los trabajadores, a frenar la emergencia climática, a reivindicar las normas internacionales y a defender la democracia y luchar contra la involución que representa la ola reaccionaria que recorre el mundo. En resumen: ayúdenos a dar a la gente una vida mejor.

No nos traguemos los viejos postulados neoliberales que presentan al Estado como un ente puramente extractivo que no genera valor. O que afirman que la única responsabilidad de las empresas es aumentar los beneficios de sus accionistas.

Se ha demostrado que estas ideas son erróneas, por la ciencia y la experiencia. Ustedes lo saben. Ustedes saben que las empresas necesitan a los gobiernos para innovar y crecer. Y que si las empresas no trabajan juntas -si no alinean sus intereses con los de la sociedad en su conjunto- no podremos superar los grandes retos de nuestro tiempo. Y esto repercutirá en sus empresas.

Actúen en consecuencia. Actúen con responsabilidad. Piensen a largo plazo. No se dejen arrastrar por esos medios de comunicación y partidos políticos radicales que están obsesionados con proyectarnos como rivales sistémicos. Que se lucran vendiendo polarización. No caigan en su trampa. Colaboremos. Aprovechemos los grandes retos que he mencionado antes para tender puentes, potenciar sinergias y establecer nuevas formas de colaboración público-privada.

El Gobierno de España es su aliado.

Hemos aprendido por experiencia propia que existe un círculo virtuoso entre crecimiento y redistribución del crecimiento. Que la mejor forma de crecer, y la más resistente, es asegurándonos de que los beneficios del crecimiento llegan a toda la población, especialmente a los más vulnerables.

España es un paraíso para las empresas que quieren prosperar a través de la innovación, el talento, la energía limpia y barata, la estabilidad institucional y las infraestructuras de primer nivel. Para las empresas que quieren enriquecerse generando valor real y pagando los impuestos que les corresponden. Damos la bienvenida a estas empresas con los brazos abiertos.

Queridos amigos,

Estamos en los albores de un año crucial. Un año en el que se forjará el futuro del orden internacional y de las sociedades liberales.



Nuestros ciudadanos no nos fallarán. Estoy seguro.

Estarán a la altura, como siempre, en los momentos decisivos. Pero es importante que los gobiernos y las empresas también lo estén.

Debemos trabajar juntos para construir una nueva prosperidad. Un nuevo triángulo virtuoso formado por el sector privado, el Estado y la sociedad civil que nos permita garantizar la prosperidad económica, aumentar el bienestar y la igualdad y asegurar la sostenibilidad medioambiental para todos y en todo el mundo.

No será fácil. Pero merecerá la pena el esfuerzo.

Muchas gracias.